

DISCURSO POLÍTICO Y AUTOFIGURACIONES: LA MEDIACIÓN DE LA VIOLENCIA EN ESCRITOS DEL '50 DE EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

Adriana Lamoso*

Universidad Nacional del Sur
Bahía Blanca - Argentina

Recibido: 3-diciembre-2011
Aprobado: 18-enero-2012

RESUMEN: Los textos del ensayista argentino Ezequiel Martínez Estrada ponen en evidencia figuraciones del escritor que se construyen en tensión directa, por una parte, con las creencias asumidas respecto de una ética del intelectual que opera de manera fuertemente orientadora y, por otra, con la materialidad de las formas que se consideran viables para efectivizar un determinado fin. Si bien la primera de estas cuestiones parece sostenerse de manera constante con el transcurso del tiempo y el desarrollo de la historia del país, la segunda presenta variadas inflexiones que se vinculan con los posicionamientos que adquiere el intelectual en el campo cultural nacional. En dicho proceso no quedan exentas las apelaciones virulentas a los agentes receptores de sus discursos, ni las autofiguraciones que dan cuenta de la violencia padecida por los cuerpos del escritor y de la patria exánime, que en tal símil se representa. En respuesta a coyunturas políticas precisas, los ensayos y algunos de sus textos narrativos expresan, con sus formas; el clima álgido que el propio escritor asumió y se propuso transmitir. Notar qué rasgos diferenciales adquieren los mencionados elementos, según los modos de intervención de Martínez Estrada en la esfera pública del país, es el propósito que guiará el desarrollo del presente trabajo.

PALABRAS CLAVE: Martínez Estrada, política, discursos, autofiguraciones, violencia.

Abstract: Argentine essayist Ezequiel Martínez Estrada's texts show writer figures constructed in direct tension, on one hand, with intellectual ethics which operates in a strongly oriented way and, for other one, with forms materiality considered able to realise certain purpose. Although the first one of these questions seems to be sustained through time and history country development, the second one presents varied inflections that link with intellectual's positions in culture national. In this process, virulent appeals to receiving agents of his speeches are not exclude, as well as self figurations that show violence experienced by the writer's body and lifeless Motherland, in whose simile it is represented. To answer precise political conjunctures, his essays and some of his narrative texts express with their forms flashpoint atmosphere assumed by the writer, and that he proposed to transmit. To notice what differential features acquire the above-mentioned elements, according to Martínez Estrada's intervention types in public sphere of the country, is the main purpose that will guide development of this work.

Key words: Martínez Estrada, politics, speeches, self figurations, violence.

* Licenciada en Letras por la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina. Ha realizado diversas estancias de investigación en diversas universidades de España, Francia, Bélgica y México. Candidata a Doctora en Letras por la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina. Correo electrónico: adrilamoso@yahoo.com

Las indagaciones del ensayista Ezequiel Martínez Estrada sobre el panorama socio-político de Argentina conllevan a preguntar sobre su propia condición de escritor, que se construye en estrecha interconexión con el análisis de la compleja coyuntura sobre la que se asientan los avatares de la esfera pública. Cuestiones estéticas, epistemológicas y éticas se ponen en juego en el espacio privado de su reflexión y su escritura. La interpelación a los gobiernos de turno y, junto con ello, la construcción de un singular tanto como variable concepto propio de *pueblo* resultan recurrentes, pero tales representaciones se complejizan y las apelaciones recrudescen en momentos históricos peculiares. En función de esto, existe en su producción ensayística global más de un momento en el que el discurso del escritor trasluce sus padecimientos corporales¹, que se manifiesta a raíz del descontento del ensayista ante la praxis de los poderes estatales, y se vuelve cada vez más explícito a medida que la década del '50 avanza.

Especialmente significativa resulta, para el trayecto de escritura de Martínez Estrada, la etapa posterior a la

Revolución del '55, en la que publica una serie de ensayos que impugnan de un modo recalcitrante tanto al transcurrido gobierno del General Perón, como al que asume a partir del mencionado hecho. Los desencantos del intérprete frente a las circunstancias políticas, que se proyectan con marcas concretas en el cuerpo del escritor, se confirman con nitidez bajo su mirada y, en ese contexto, empuña las incisivas armas de su escritura para intervenir con ellas ante los responsables de los infortunios que padece el pueblo. Este imperativo puede apreciarse en la forma peculiar que adquieren los ensayos, en el uso particular del lenguaje, y en la propia autorrepresentación, que legitima la fuerza apelativa de su discurso. Respecto de los usos y modos discursivos que emplea en esta etapa, es posible aludir a las reflexiones de Lukács, en tanto afirma que la mirada del crítico sobre el entorno se proyecta en el contenido anímico que las formas presentan:

Se convierte esa forma en una concepción del mundo, en un punto de vista, en una toma de posición respecto de la vida de la que ha nacido; en una posibilidad de transformar la vida misma y crearla de nuevo. El momento crucial del crítico, el momento de su destino, es, pues, aquel en el cual las cosas devienen formas; el momento en que todos los sentimientos y todas las vivencias que estaban más acá y más allá de la forma reciben una forma, se funden y adensan en forma. Es el instante místico de la unificación de lo externo y lo interno, del alma y de la forma.²

1 Recordemos la enfermedad en la piel que padeció el escritor durante el transcurso del gobierno de Perón, a quien él tanto repudió. En palabras de Fernando Alfón: "En los albores de los años cincuenta, una enfermedad epidérmica, sobre la que bromeó al llamarla 'desbarajuste glandular peronista generalizado', confina a Ezequiel Martínez Estrada a los hospitales y lo lleva a urdir (es posible que desde entonces) el *¿Qué es esto?*, ensayo de carácter acusatorio que saldrá por primera vez en julio de 1956, y por segunda y última, en agosto del mismo año." Cfr. Alfón, Fernando, "Ezequiel Martínez Estrada, el arte de la etiología", en: Martínez Estrada, Ezequiel, *¿Qué es esto? Catilinarias*, Colihue, Buenos Aires, 2005, p. 11.

2 Lukács, Georg, *El alma y las formas y la teoría de la novela*, Grijalbo, México, 1970, p. 25.

En el presente trabajo se aludirá a *Las 40* y a *Exhortaciones*, ensayos publicados en 1957, para poner de relieve los rasgos que reproducen la perspectiva virulenta del escritor frente a las políticas desarrolladas en la última década, que se evidencian a través de las formas que presentan sus ensayos, ya que se tornan marcadamente panfletarios, mediante la inclusión de un lenguaje imprecatorio, y que implican un carácter diferencial respecto del trayecto de escritura que puede visualizarse a partir de 1933, lo que nos permitirá apreciar cómo se representa, interpreta, despliega, reactualiza y resimboliza en ellos la relación del ensayista con el mundo³. Para tal fin, haremos referencia a un texto autobiográfico del mismo escritor titulado: “No me olvides”, relato perteneciente a la colección *La tos y otros entretenimientos*, publicada en 1957, no sólo porque también forma parte de la denominada por la crítica como “etapa posperonista”, sino porque despliega, mediante los mecanismos de

la ficción autobiográfica, un diálogo perspicaz con las figuraciones insertas en los ensayos del *corpus*, en torno de las preocupaciones por el álgido y confrontativo clima cultural de la época.



³ Cfr. Weinberg, Liliana, *Situación del ensayo*, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM, México, 2006, p. 56.

El “yo” y las “formas” en los ensayos

En principio, las enunciaciones que forman parte de los ensayos mencionados amalgaman reflexiones de carácter conclusivo, que se expanden como aserciones indubitables a un nivel de generalidad cuyo anclaje puede visualizarse en breves pasajes que particularizan hechos políticos reconocibles⁴. El gobierno de Perón (1945-1955) y el que se deriva de la Revolución Libertadora del '55 permiten a Martínez Estrada certificar las intuiciones y apreciaciones que sobre Argentina había pronunciado en las dos décadas anteriores. Con una fuerza persuasiva mayor que en los ensayos ajenos a este período, a través del dominio de sólidas estrategias retóricas, interpela a los gobernantes de entonces, con una tonalidad fuertemente acusatoria. Luego de hacer referencia a la situación del país y del aparato gubernamental, mediante el uso de un sofisticado y florido léxico que sostiene la prolífera abundancia de expresiones semejantes al estilo rococó, el escritor formula las imperiosas acciones que los

⁴ Sus configuraciones responden a las caracterizaciones que la crítica ha señalado, en lo que respecta al ensayo en tanto *forma enunciativa*. Al respecto Liliana Weinberg afirma que: “El ensayo corresponde también a una *forma enunciativa* particular, con fuertes marcas tensionales, un predicar sobre el mundo desde la perspectiva del autor en tiempo presente, que deja su inscripción en la textura del ensayo, y mediante la cual se nos participa de una interpretación argumentada sobre el mismo a través de un discurso generalizante, singularizante y ejemplarizante de la interpretación que se ha llevado a cabo.” Weinberg, Liliana, *Pensar el ensayo*, Siglo XXI, México, 2007.

dirigentes deben asumir para cambiar los rumbos de la patria. Sus veredictos e imperativos se construyen en función de un objeto de ataque particular, antes que sobre un tratamiento singular del campo de problemas al que alude. Veamos un ejemplo del sobrecargado y vituperante uso del lenguaje que utiliza para dirigirse a sus oponentes en el plano netamente político, y de qué manera traduce parte de sus apreciaciones sobre la situación, en todos los casos acuciante, que atormenta al pueblo y extrapola al país entero:

Verdugos, torturadores, embrutecedores, castradores, borrachos ojos de perro, bebedores de sangre, murciélagos y hienas, homosexuales y servidores de Mammón y Jagernaut, ¡sabed que Jehová no duerme! Pero si sois ciegos y mudos, degenerados y tercos, mejor será que me dirija a quienes aplauden vuestros actos de canibalismo y de tramperos de esclavos: al séquito que os aclama con silbidos en el Pandemonium de vuestras orgías sardanapalescas (...).⁵

Junto con la inclusión de pasajes como los precedentes, articula su argumentación con la inserción de las interpretaciones que se derivan de su posicionamiento se derivan, en el marco del contexto nacional; pero sus aseveraciones no se alejan del redundante ejercicio denunciador, acusador y carente de clara especificidad. En estos escritos abundan las evaluaciones, sanciones e interpelaciones virulentas, como los propios títulos lo anticipan, antes que las dilucidaciones fundamentadas en la observación y en los saberes del intérprete, como en el

⁵ Martínez Estrada, Ezequiel, *Exhortaciones*, Burnichon Editor, Buenos Aires, 1957, p. 73.

caso, por ejemplo, de su texto de 1940 *La Cabeza de Goliath*. De esta manera, la forma que adquieren los ensayos reproduce el estrecho vínculo que el escritor decidió asumir y encarnó con los sucesos de la esfera política nacional y, en especial, con las decisiones que sus agentes proyectaron sobre el escenario social del país, al que alude, en su generalidad, con el término *pueblo*.

Resulta significativo apreciar cómo la discusión se polariza entre dos masas opositivas⁶. El ensayista se ubica a sí mismo como intermediario entre estas dos grandes fuerzas, aunque se construye como superior a ambas por su clarividencia, su dominio de la erudición y de la retórica y, esencialmente, por su moralidad. La representación del aparato estatal, que no escapa en ningún punto a la impugnación y al que Martínez Estrada no se cansa de enjuiciar, se realiza en estos ensayos a partir de su división en siete estamentos que reproducen los excesos de poder. Ellos son, a su entender, la justicia, el gobierno, la curia, el magisterio, la banca, el cuartel y la burocracia⁷.



⁶ La inclusión de pares de opuestos en los ensayos constituye un modo de traslucir la mirada interpretativa que el escritor sostiene sobre el estado del mundo. Liliana Weinberg lo expresa del siguiente modo: “Muchos son los ensayistas que a su vez, en una operación genial, logran traducir a través de la forma de sus ensayos la forma que encuentran a través de su proceso de reflexión sobre el mundo: ese sistema de pares de opuestos o complementarios que Octavio Paz hizo característica de su obra, es también su modo de entender y traducir el mundo...”. Weinberg, Liliana, *Pensar el ensayo*, op. cit.

⁷ Cfr. Martínez Estrada, Ezequiel, *Las 40*, Ediciones Gure, Buenos Aires, 1957, p. 56.

Frente a estos “monstruos dantescos”, en palabras del escritor, se encuentra el pueblo indefenso e inerte, sobre el que recaen todas las acciones coercitivas que esas fuerzas ejercen a voluntad sobre él. Y esto se debe a que, según pronuncia en *Exhortaciones*: “(...) (el pueblo) no tiene medios ni capacidad para descubrir por sí la mentira.”⁸ En el marco de la generalidad en la incluye al concepto de “pueblo”, establece una distinción en esta categoría que no hace sino más que reforzar la intensidad de tal polaridad. Observemos cómo en el mismo ensayo habla de un modo conmisericordioso, y subraya la humanidad que es preciso extender sobre el pueblo con un criterio plenamente inclusivo:

Es preciso, padres conscriptos, que hablemos al pueblo el lenguaje de la redención y no el de la seducción. Mi pueblo –oídme- no quiere ser seducido. No quiere más pan, porque tiene ya el necesario y está harto. Tiene hambre pero no es de pan. Tiene hambre de honra, de amor, de trato cordial, de consideración humana, de derechos y no de mercedes, de respeto, de conversación con los que lo mandan y lo expolían; de conversación entre ser humano y ser humano, de amigo a amigo, de diálogo. Porque ese pueblo que acaso despreciáis todavía, como yo lo desprecié, merece ser tratado en otra forma que como lo hemos hecho hasta ahora. Tiene que ser elevado, dignificado, ennoblecido; y esto es lo que él quiere, creédmelo, y no pan.⁹

Mientras este discurso, dirigido con ánimo esperanzador al reciente gobierno de Aramburu, que asume las

promesas de la Revolución Libertadora, inicia *Exhortaciones*, otro, ligeramente diferente, lo cierra. La forma del ensayo incluye fragmentos discursivos pertenecientes a circunstancias y a situaciones de escritura temporalmente no idénticas. El mismo ensayo contiene una réplica a las acciones desarrolladas por tal coyuntura política, una vez que el tiempo ha transcurrido (apenas unos meses) y, prontamente, los desencantos se fueron acrecentando. En ese contexto, Martínez Estrada vuelve a interpelar a las figuras que encarnan el poder, pero lo hace en términos semejantes a las virulentas imprecaciones que había proferido apenas un año antes a Perón. Y en medio de este ámbito nuevamente desesperanzador, en el que las ilusiones se precipitan muy pronto en un abismo insalvable, desdobra y particulariza la imagen de pueblo: distingue un segmento de él y lo tiñe de una carga negativa, que condice con las valoraciones que atribuye a los poderes públicos de turno y que establece una nueva fractura del país, cada vez más claramente definida. En el mismo ensayo del '57 expresa:

Habéis decepcionado, otra más de tantas veces, a quienes esperábamos de vosotros el bien y no el perdón. Ahora mi pueblo que ha tolerado, sufrido y trabajado, como os dije hace un año, está más cansado y decepcionado que antes, porque no se atreve a miraros, ¡oh Praetores y Judices!, como ejecutores de una vieja sentencia borbónica contra él (...) En mi primera Epístola os hablaba del Pueblo, al que no conocéis sino en la imagen de veinte años, bisono, en general torpe, reclutado en todos los lugares y condiciones. Conocéis la tropa, que es una parte solamente del pueblo. Yo no os hablaba del pueblo de

8 Martínez Estrada, Ezequiel, *Exhortaciones*, op. cit., p. 77.

9 Martínez Estrada, Ezequiel, *Exhortaciones*, ibidem, pp. 7 y 8.

Campo de Mayo, sino del pueblo de Mayo: el de Moreno, Castelli y Paso. El nuestro. (...).¹⁰

La tregua que parecía haber ofrecido Martínez Estrada al gobierno entrante se diluye en el marco de enunciados que no superan la publicación de un ensayo. La marca distintiva que establece en su idea de pueblo señala un carácter voluntariamente selectivo y excluyente, que circunscribe y resalta la polaridad, a partir de la impugnación y condena las prácticas militaristas que incluyen, para su formación, una selectiva parte de tal concepto. De este modo, el cuerpo de ideologemas sobre el que se asienta el pensamiento y la escritura del ensayista atraviesa las discusiones y se torna vívido y cada vez más preciso conforme la década avanza, ya que presenta cierta variabilidad que condice con las experiencias de un intelectual situado y comprometido con las dinámicas que viabilizan el ejercicio del poder.

Al respecto resulta llamativa la inclusión reiterada de autoimágenes que contienen representaciones peculiares, y que se destacan por la confluencia de rasgos similares, que apuntan a legitimar sus intervenciones. En todos los casos, Martínez Estrada cree necesario justificar el rol que desempeña y lo hace sobre la base de fundamentos esencialmente morales, difíciles de desestimar por parte de sus adversarios. Así, sus creencias acerca del lugar que ocupa en el campo de la intelectualidad argentina se traslucen en una serie de lugares comunes: la soledad absoluta del escritor, una misión intransferible

que asume, una verdad que conoce y debe transmitir, el deber moral de la mediación¹¹. Estas autofiguraciones y las constantes interpelaciones virulentas que profiere a la *intelligentsia* del país poco espacio dejaron para un diálogo no confrontativo que, por su parte, en el escenario de la cultura nacional y bajo su voz, no encontraría lugar.

La vida y los textos: el padecimiento como argumentación

Respecto de tales representaciones de sí en tanto confrontan dialécticamente con la construcción de la figura del *otro* intelectual, pueden ensamblarse con las réplicas intemperantes a los gobiernos en turno, para dar cuenta, de forma más cabal, cómo operan las estrategias discursivas para descalificar al oponente, tanto en el plano político como en el

11 Un ejemplo de tales operaciones de construcción de la autoimagen es el siguiente: "Debo advertiros que, para mí, moralidad y civilidad son una misma, una única entidad indivisible. Por eso cuando un vicio o un abuso del poder, que es el más reprochable de todos, lesiona simultáneamente a ambas potestades intangibles, siento como si estuviera yo investido de una misión sagrada que me arrastra a morir por la verdad. Siento que estoy sirviendo la misma causa de nuestros próceres, la misma causa de los viejos profetas, cualquiera sea mi real pequeñez. Dios se vale casi siempre de voceros y emisarios sin ningún poder ni autoridad —y cuando los tiene los despoja de ellos—, a veces ignorantes y pecadores, para que adviertan a quienes invisten el poder y la autoridad, a los sabios y virtuosos, de los peligros y de los males que ocasionan al pueblo sus desvíos. Usaba de los profetas contra los reyes y de los niños contra los sabios. Hablo, entonces, fortalecido por un gran deber, aunque sea ilusorio, y en nombre de Dios, aunque no exista." Martínez Estrada, Ezequiel, *Exhortaciones*, *ibidem*, p. 55.

10 Martínez Estrada, Ezequiel, *Exhortaciones*, *ibidem*, pp. 78 y 79.

cultural. En los textos que implican una construcción autobiográfica por parte de Martínez Estrada es posible distinguir la intromisión de un personalismo, con distintos grados de intensidad, que toma voz en nombre del ensayista, en marcada y pretendida oposición a los intelectuales con los que mantiene álgidas disputas ideológicas, en función de los que construye tanto su propia imagen como su pertenencia y el lugar que ocupa en el campo de la intelectualidad argentina. Tales figuraciones fluctúan y recrudecen su beligerancia conforme varían los acontecimientos de la esfera política del país y, con ello, los fervientes duelos discursivos entre los miembros de la inteligencia nacional, que se intensifican a partir de 1956.

Recordemos que las controversias que se generaron a partir del derrocamiento de Perón en el campo cultural nacional se tradujeron en virulentas acusaciones cruzadas, a través de las cuales evaluaron el rol de la inteligencia frente al ejercicio de un poder considerado, en gran parte de los casos, como despótico. Tales enfrentamientos se intensificaron en los años 1956 y 1957, momento en el que Martínez Estrada fue explícita e implícitamente impugnado por numerosos escritores, desde marcos políticos

e ideológicos disímiles. Algunos de ellos fueron: Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Jorge Abelardo Ramos, Mario Amadeo, Arturo Jauretche, Agustín Ferraris, Juan José Hernández Arregui, así como los jóvenes parri-cidas de la Revista *Con-*



torno. Dichas polémicas se extendieron en los años siguientes, como se evidencia en el caso de Juan José Sebreli¹², entre muchos otros nombres.

Si hacemos referencia al relato autobiográfico “No me olvides”, es posible afirmar que en la narrativa de Ezequiel Martínez Estrada, los acontecimientos políticos que signaron una importante etapa tanto en la vida del país como en la del autor, condicionan los modos de construcción discursiva, al tiempo que impregnan la perspectiva peculiar que el escritor asume y trasluce en sus escritos. Literatura política de la desesperanza y del repudio que se articula y se manifiesta bajo múltiples formas. Es visible el montaje de escenas del pasado que se exhiben en su artificio y se legitiman con la confrontación definitiva del padecer individual. Se pone de relieve una teoría del conocimiento, que se asienta sobre la base de la dubitación, en tanto mecanismo propio y legítimo de los procesos introspectivos.

La literatura polémica se afirma tras un proceso de autorreferencialidad, que despliega el desarrollo temático y se articula en tensión directa, paulatina y

12 Borges, Jorge Luis. “Una efusión de Ezequiel Martínez Estrada”. *Sur*, Nº 242, Sept.-Oct. Buenos Aires. (1956): 52-53. Sábato, Ernesto. *El otro rostro del peronismo. Carta abierta a Mario Amadeo*. Buenos Aires: Imprenta López, 1956. Ramos, Jorge Abelardo. *Crisis y Resurrección de la Literatura Argentina*. Buenos Aires: Ed. Indoamericana, 1954. Amadeo, Mario. *Ayer, Hoy y Mañana*. Buenos Aires: Gure, 1956. Jauretche, Arturo. *Los profetas del odio y la yapa*. 1957. Buenos Aires: A. Peña Lillo editor, 1967. Ferraris, Agustín. *Pido la palabra. Contestando a Ezequiel Martínez Estrada, Mario Amadeo y Ernesto Sábato*. Buenos Aires: Capricornio, 1957. Hernández Arregui, Juan José. *Imperialismo y Cultura*. 1957. Buenos Aires: Plus Ultra, 1973. Sebreli, Juan José. Martínez Estrada. *Una Rebelión Inútil*. Buenos Aires: Palestra, 1960.

simultánea con el relato de la historia nacional. Si bien en los ensayos hemos apreciado el uso particular de un discurso que interpela, mediante la virulencia, a los agentes del poder público nacional, en la autobiografía dicha violencia se representa en las imágenes que el escritor delinea sobre sí, en tanto agente receptor de tales prácticas¹³. La escritura visionaria del ensayista se despliega en

la confirmación de los diagnósticos, y los males anunciados en su producción se re-actualizan y se certifican en la injusta imagen del escritor vilipendiado y expulsado de su tierra y de su vida. En este marco de incompreensión, emerge el valor y la significación de la obra personal, constatada por las marcas negativas en su cuerpo, por la imposibilidad presente de vivir, que es pensar, comprender y crear.

13 Algunos de los críticos que hacen referencia a las conexiones entre la obra narrativa y los ensayos del escritor, de un modo no coincidente, son Adolfo Prieto y Horacio González. Al respecto, este último afirma: "... en cuanto a su ficción en prosa, Martínez Estrada pareció cometer dos ligeras redundancias. La primera consistiría en haber elaborado un remedo del universo kafkiano, la segunda en haber ideado una imitación ficcional de sus propios ensayos de "psicoanálisis social". Lo que acaso podría ser una doble repetición —reincidir con Kafka en el Río de la Plata y reincidirse también a sí mismo— le quitaría originalidad, no a su ensayística, sí a su cuentística. Pero de otro modo, podríamos imaginar que hay motivos para abonar el interés con el que hoy podemos leer a esta última. Porque sería allí, donde un autor parece mostrarse *menos original* —como quieto afluente de identificables literaturas precursoras—, el lugar donde *precisamente* podríamos recoger las confesiones que su obra mayor no facilitaría". González, Horacio. *Restos Pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Colihue, 1999. 175. En tanto, Adolfo Prieto sostiene que: "... la primera y más mezquina consecuencia sería, sin duda alguna, la de reducir el interés de los cuentos al de mero expediente complementario del sentido y alcance de los ensayos, al de apoyo circunstancial para corroborar las motivaciones y el trasfondo de las ideas utilizadas por el ensayista. Desde luego, tal posibilidad no es desdeñable, pero numerosos indicios apoyan la ventaja de la perspectiva opuesta, esto es, la de centrar el interés en el universo expresado por los relatos, y subordinar los temas y las líneas principales de la ensayística al nivel de correctores y ejemplificadotes de ese universo." Prieto, Adolfo. "Martínez Estrada. El narrador y el lenguaje del mito". *La crítica literaria contemporánea. Antología*. Nicolás Rosa, selección. Vol. 1. Buenos Aires: CEAL, 1981. 48.

Tales representaciones pueden leerse en una línea de continuidad que torna indiscernible, no sólo por las inflexiones formales en las que se inscriben, sino también por los rasgos que, en el marco de las caracterizaciones tradicionales, singularizan cada modulación particular. La reiteración de las construcciones de su propia imagen, de modo paralelo a la puesta en abismo de sus interpretaciones sociológicas, que se concreta con la mirada en espejo de su escritura previa, posibilita poner de relieve tales operaciones, que se asientan sobre la base de la consolidación del valor de verdad de su propio discurso, junto con el convalidación de su rol de intelectual comprometido.

Martínez Estrada delinea sobre el personaje ficcional que lo autorrepresenta el perfil de una vida miserable, que se corona en la injusticia de una vejez que le reporta la soledad y el desprecio, generalizable a una totalidad asfixiante. La construcción de una imagen que se aleja de la fama y el renombre marca la precipitación en un declive inevitable, que conlleva la clausura de su profesionalización de escritor y la necesidad de recurrir al mundo, tan pesimistamente reproducido en sus escritos, para me-

rodear en busca de imposibles oportunidades. La imagen del *incomprendido*, que se reduplica con la figura del que no encuentra sino fuera de sí las razones de su fracaso, atraviesa la historia narrada, para persistir con el perfil de un individuo que se lamenta por la suerte que le toca, conforme se consolida como una víctima perpleja, que busca las razones profundas y sólo encuentra en sí mismo la inocencia. Estas caracterizaciones se expresan en el cuento con una intensidad como la siguiente:

Pagué la culpa de la incomprensión de modo hartamente cruel. Me sentí como un viejo la primera vez que tuve que aceptar una limosna, pactar con la humillación y la vergüenza porque la muerte es peor. El primer paso hacia la degradación y la renuncia a toda defensa.¹⁴

El escritor conjuga dichas autorrepresentaciones con otras que reproducen el clima álgido que lo rodeaba. Las imágenes del *rechazado* y *vituperado*, así como las del *despreciado* y *desplazado* del país y de la vida misma, redundan en el relato bajo expresiones disímiles que remiten a las mismas configuraciones. De esta forma extrema de caracterización, que se recarga con adjetivaciones sobreabundantes y opresivas, surge la remisión directa al campo de interpretaciones que Martínez Estrada elaboró con relación a la escena nacional, en un posible paralelismo entre la vida que padece el intelectual y la situación que sufre el



14 Martínez Estrada, Ezequiel. “No me olvides”, en: *La tos y otros entretenimientos*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1957, p. 103.

país, al tiempo que efectiviza la puesta en abismo de tales dilucidaciones. Junto con ello, opera la certificación del valor de verdad de sus propias aseveraciones: el análisis y los pronósticos pronunciados en 1933 y retomados a través de diversos escritos que se expanden hasta abarcar su contemporaneidad, han sido revelados en su escritura, la que, paradójicamente, se torna desencadenante, según las argumentaciones del relato, de sus actuales infortunios. El autor, víctima de sus certeras “microscopías” que, como tales, se apartan y distinguen de las interpretaciones locales y provocan el violento desprecio generalizado, legítima su saber y su labor ensayística previa en pasajes como el siguiente:

Algunos de mis libros trataban de la vida que creí conocer sin conocer de ella más que los aspectos menos feroces y cuentos. Todavía me faltaba penetrar más hondamente en la entraña de una sociedad que se revestía con ropajes atrayentes y vistosos, ocultando sus garras y colmillos. Precisamente cuando llevé esos problemas a mis obras fui descalificado, renegado, vilipendiado. Estaba frente a frente de una realidad desnuda y acaso la veracidad de mis relatos me había perdido.¹⁵

Mecanismos retóricos sólidamente constituidos desdibujan la direccionalidad de sus incisivos discursos autorreflexivos, construidos sobre la base de un destinatario supuesto al que debe atraer y conmover, en medio de intensas disputas ideológicas y discursivas, aún en aquellos soportes textuales que se apartan de las formas que le ofrecen los ensayos.

15 Martínez Estrada, Ezequiel, “No me olvides”, *op. cit.*, pp. 106-7.

La confirmación de los pronósticos del ensayista y narrador, a través de los avatares que sufre el personaje, se tensa con la inclusión de numerosas expresiones introspectivas que instalan el marco ambivalente en el que se asienta su interioridad. La fragilidad de los recuerdos, que permiten dar cuenta de la experiencia pasada, se exterioriza en el texto, y se representan los procedimientos selectivos que la mente humana realiza en la reconstrucción de la propia historia. De esta manera, la interioridad, con sus cavilaciones, puede poner de manifiesto los cataclismos y oscilaciones de una exterioridad tan hostil como absurda. Martínez Estrada exhibe de este modo el artificio constructivo:

Cuando me detuve ante la florería para admirar con nostalgia y pena los muchos ramilletes de no-me-olvides con que habían adornado como intencionalmente para mí la vidriera ¿no concebí en ese momento, lo mismo que si hubiese concebido una escena de drama o de novela, la historia de mi madre en el jardín? Estoy seguro ahora de que no he inventado esa anécdota para encontrar un justificativo, si no una explicación a mis tribulaciones actuales. ¿Qué Isabel, Isabel, Isabel? (...) Todo eso ha existido, no puedo dudar de ello; pero, ¿por qué ahora se funden en una sola imagen, en un solo recuerdo, mi madre y ella, el miosotis de aquella tarde de sol dorado y sus últimas palabras: “no me olvides”, como si todo fuese lo mismo, un sueño?¹⁶

La unilateral condena de sus adversarios a sus dilucidaciones, y con esto a su labor previa, carece de real sustento ante una realidad compleja que se resiste a tales simplificaciones. Una

vida que puede ser explicada por quien la ha protagonizado, y en los términos aludidos, desmonta el valor de verdad de los juicios externos que lo sancionan. Respecto del privilegio que le otorgan los autobiógrafos a los relatos que cada uno ofrece sobre sí mismo, en tensión con los textos esbozados por terceros sobre su vida, Georges Gusdorf explica lo siguiente:

... nadie mejor que yo mismo puede saber en lo que he creído o lo que he querido; únicamente yo poseo el privilegio de encontrarme, en lo que me concierne, del otro lado del espejo, sin que pueda interponerse la muralla de la vida privada. Los otros, por muy bien intencionados que sean, se equivocan siempre; describen el personaje exterior, la apariencia que ellos ven, y no la persona, la cual se les escapa. Nadie mejor que el propio interesado puede hacer justicia a sí mismo, y es precisamente para aclarar los malentendidos, para restablecer una verdad incompleta o deformada, por lo que el autor de la autobiografía se impone la tarea de presentar él mismo su historia. (...) escriben para celebrar su obra, siempre más o menos incomprendida, para hacerse un tipo de propaganda póstuma en la posteridad, que corre el riesgo de olvidarlos o de no apreciarlos en su justa medida.¹⁷

El rostro frente al espejo se ilustra en el texto, mediante la autorreferencialidad que se intercala y se afianza como única certeza, ante la dubitación propia de su memoria experiencial. Lo verdadero, en el contexto de los hechos narrados, reside en la propia escritura, que determina el transcurso de sus acciones y marca el destino ineluctable, que tan pronto lo

17 Georges Gusdorf, “Condiciones y límites de la autobiografía” (Ángel G. Loureiro, trad.) en: *Suplementos Anthropos*, 29, 1991, p. 12.

BIBLIOGRAFÍA

- Alfón, Fernando, “Ezequiel Martínez Estrada, el arte de la etiología”, en: Martínez Estrada, Ezequiel, *¿Qué es esto? Catilinarias*, Colihue, Buenos Aires, 2005.
- Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2006.
- González, Horacio, *Restos Pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*, Colihue, Buenos Aires, 1999.
- Gramuglio, María Teresa, “La construcción de la imagen”, en: AAVV, *La escritura argentina*, Universidad Nacional del Litoral, Ediciones de la Cortada, Santa Fe, 1992.
- Gusdorf, Georges, “Condiciones y límites de la autobiografía” (Ángel G. Loureiro, trad.) en: *Suplementos Anthropos*, 29, 1991.
- Lukács, Georg, *El alma y las formas y la teoría de la novela*, Grijalbo, México, 1970.
- Martínez Estrada, Ezequiel, *Cuadrante del Pampero, Deucalión*, Buenos Aires, 1956a.

16 *Ibidem*, pp. 100-101.

- _____, *Exhortaciones*, Burnichon Editor, Buenos Aires, 1957^a.
- _____, *La cabeza de Goliath*, Microscopía de Buenos Aires, Losada, Barcelona, 2001.
- _____, *Las 40, Gure*, Buenos Aires, 1957b.
- _____, “No me olvides”, en: *La tos y otros entretenimientos*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1957.
- _____, *¿Qué es esto?* Catilinaria, Lautaro, Buenos Aires, 1956b.
- Prieto, Adolfo, “Martínez Estrada. El narrador y el lenguaje del mito”, en: *La crítica literaria contemporánea, Antología*, Nicolás Rosa, selección, Vol. 1, CEAL, Buenos Aires, 1981.
- Sigal, Silvia, “Intelectuales y peronismo”, en: Torre, Juan Carlos (dir.), *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, T. VIII, cap. X, Sudamericana, Buenos Aires, 2002.
- Weinberg, Liliana, *Situación del ensayo*, CCYDEL-UNAM, México, 2006.
- _____, *Umbrales del ensayo*, CCYDEL-UNAM, México, 2004.
- _____, *Pensar el ensayo*, Siglo XXI, México, 2007.

precipita a la fama como lo sumerge en la decadencia y en el descrédito final. La escritura visionaria del ensayista se encuentra libre de cualquier sanción, los cuestionamientos y las interrogaciones corresponden a los inexplicables avatares externos, que se vinculan con los adversarios y sus obras, a los que se suman los implacables infortunios que padece el país, en razón de las condiciones políticas que lo atraviesan. Algunas de las referencias al violento escenario de su contemporaneidad se perciben en expresiones como estas: “Sea resultado de la guerra fría, de la conquista de los pueblos por métodos de propaganda letárgica –era el tema del folleto “Andamos en la maroma”-, yo estaba desplazado, desalojado, arrancado de mis soportes.”¹⁸

Conclusión

Hemos podido observar cómo el ensayista construye sus escritos críticos en estrecha tensión con los aconteceres políticos y con los rumbos que estos le han marcado al pueblo. La sucesión de gobiernos que reproducen programas opresivos va cancelando, paulatina y progresivamente, una mirada que vislumbra una salida esperanzadora a

partir de la asunción de tales regímenes. Los deslizamientos zigzagueantes del escritor por marcos ideológicos no exactamente coincidentes van redefiniendo su ubicación. Y esto está determinado por la decisiva voluntad de empuñar las armas de la escritura y de activar las herramientas de su pensamiento, al explicitar una remarcada representación de su condición de intelectual y de la concepción que abriga la puesta en práctica de tal ejercicio. El compromiso del ensayista es asumido, en su prolongado trayecto de escritura, como un activismo en el campo de las ideas, y por eso no duda en tensar las formas de sus escritos y sus modos de intervención, cuando las condiciones y los factores externos que lo aquejan transitan el camino reiterado del error. En este sentido, los últimos años de la década del '50, constituyen el puntapié inicial de un proceso de recolocación, que ubicará al ensayista en un lugar tanto singular como diferencial de la cultura, que lo trasportará más allá de los límites que atañen, en forma exclusiva, al análisis de las problemáticas de la nacionalidad argentina, ya que proyectará su mirada esperanzadora sobre la revolución cubana, y su interés se extenderá hacia los países de América Latina.

¹⁸ Ezequiel Martínez Estrada, “No me olvides”, *op. cit.*, p. 101.